

Don Joan Valls, lector barcelonés de TIEMPO DE HISTORIA, nos solicita información sobre «la historia reciente de Argentina, desde el tiempo inmediatamente posterior a la caída del presidente Onganía, en 1970, hasta las fechas más recientes». Con objeto de satisfacer la demanda de nuestro lector, hemos solicitado del periodista don Juan Carlos Curutchet que nos realizara una síntesis de este período histórico, que él amplía para una mejor comprensión del tema.

La reciente historia argentina

El gobierno de Arturo Illía carecía de legitimidad popular. La Unión Cívica Radical del Pueblo había ganado unas elecciones en las que varios partidos no pudieron participar y en las que hubo un alto porcentaje de abstencionismo y votos en blanco, consignas éstas lanzadas por sectores peronistas y de izquierda. La política radical fue un desastre en muchos sentidos. Una vez más la ineptitud se entronizó en los puestos públicos. Sus dirigentes, expertos en oratoria decimonónica, llenaron el país de discursos y lo vaciaron de esperanzas. Los años de la administración radical, relativamente benignos en lo que a represión se refiere, crearon el clima favorable al golpe militar de Juan Carlos Onganía.

El 28 de junio de 1966 se inicia una nueva etapa en la política argentina. Onganía define su programa mediante la aplicación de una serie de medidas represivas. Se clausuran publicaciones, policía y ejército invaden brutalmente los recintos universitarios (cuya autonomía había sido consagrada por la Constitución Nacional), se imponen rígidas normas de moralidad colectiva y se procede a la disolución de los partidos políticos.

La denominada Revolución Argentina había nacido bajo el signo de la expectativa. La clase obrera, claramente desencantada con los viejos partidos y escéptica frente al porvenir de las instituciones liberales, vio caer a Illía y



EL PRESIDENTE JUAN CARLOS ONGANÍA (EN EL CENTRO), REUNIDO CON LOS COMANDANTES EN JEFE DE LAS FUERZAS ARMADAS ARGENTINAS PARA ESTUDIAR LA SITUACION CREADA POR EL SECUESTRO DEL TENIENTE GENERAL ARAMBURU. PARA EL GOBIERNO REPRESIVO Y DE ORDEN PUBLICO DE ONGANÍA, ESTE HECHO DETERMINO SU FINAL.

A T E



DURANTE EL BREVE MANDATO DEL GENERAL LEVINGSTON —SUCESOR DE ONGANIA—, SE PRODUJO EN CORDOBA EL «VIBORAZO», REBELION SANGRIENTA CONTRA LA DESIGNACION DE UN NUEVO GOBERNADOR, EL FASCISTA URIBURU. A ESTOS DIAS PERTENECE LA MANIFESTACION OBRERA QUE RECOGE LA FOTO.

desaparecer el Parlamento sin grandes manifestaciones de protesta. Estas estallarían meses después, cuando empezaron los sangrientos choques en las Universidades y cascos militares y metralletas pasaron a integrarse como uno de los elementos más característicos del paisaje urbano.

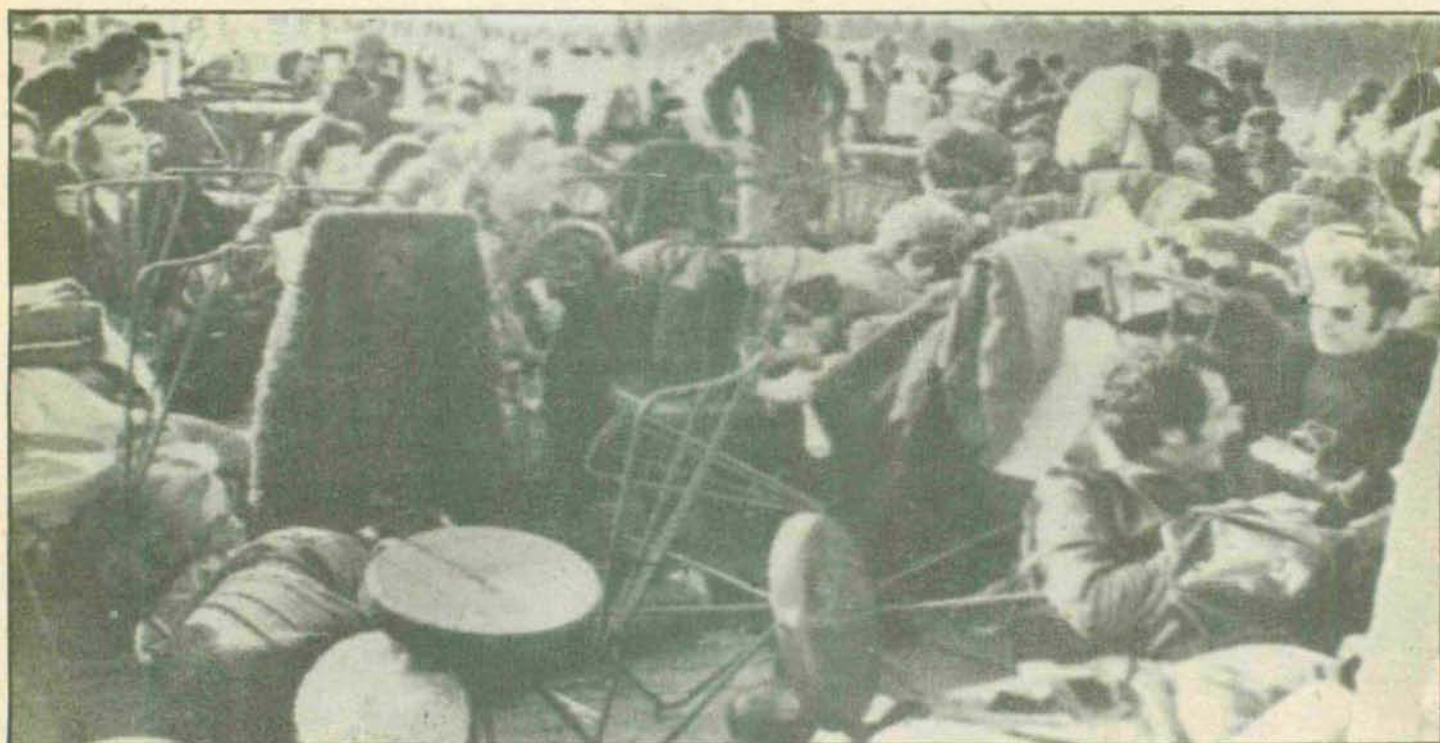
El ministro de Economía del nuevo régimen, Krieger Vasena, impuso una rígida política de austeridad. Su primer paso consistió en una devaluación del peso argentino en un 40 por 100. Se la presentó como la «última devaluación». Su finalidad, en teoría, eran la estabilidad monetaria, la reducción de la inflación y la nivelación del presupuesto. En la práctica, todo el peso de esta austeridad recayó sobre los sectores populares, provocó un aumento de la inflación, desequilibrando todavía más el presupuesto, y dio origen a una ininterrumpida cadena de conflictos, entre ellos una prolongada huelga ferroviaria, reprimida sin contemplaciones por la dictadura.

Un error de apreciación había desbaratado sus planes. Onganía quería ir hacia el corporativismo, y contó con el apoyo de algunos sectores de la burocracia sindical. Interpretó correctamente la pérdida de confianza en las instituciones liberales, pero no comprendió que en la conciencia de las masas había otro tipo de aspiraciones. Bajo su mandato se produjo el primer **cordobazo**, al que había de seguir una cadena de insurrecciones en otras localidades menores. Algunas de ellas, como las de General Roca (provincia de Río Negro) y Malargüe (provincia de Mendoza) fueron promovidas por la pequeña burguesía, ya que en estos pueblos el proleta-

riado era minoritario. Se trataba de un curioso programa de reivindicaciones burguesas expresadas en el marco de una democracia directa.

Este deslizamiento de la clase media hacia un tipo de oposición que lindaba con la subversión guerrillera (operante ya en casi todo el territorio nacional), sumado a la creciente gravitación de unos sindicalistas jóvenes surgidos de los medios obreros desafectos al poder, estaba conduciendo de hecho hacia la desaparición total de los partidos políticos, cuyas actividades había resuelto congelar Onganía durante veinte años. La situación de la economía era caótica, la opresión centralista se había agudizado y el clamor de las protestas era unánime. Dos días antes de su derrocamiento se produjo el secuestro del ex presidente Eugenio Aramburu. Para un Gobierno que lo había apostado todo a la carta de la «pacificación», éste fue el golpe final.

Su sucesor fue un anónimo funcionario destacado en Washington como representante argentino ante la Junta Interamericana de Defensa. Su designación fue el resultado de un arreglo. Contra su voluntad, el ejército se veía obligado a iniciar una democratización gradual de la dictadura. El general Roberto Levingston fue el encargado de llevarla a cabo. Se trataba de un militar sin mando y hasta entonces ausente del país, vale decir, fácilmente manipulable. Pero una vez designado también Levingston sucumbió a la fascinación del poder. Sus decisiones fueron arbitrarias e inconsultas, y una de ellas motivó el segundo **cordobazo**, conocido como **viborazo**, rebelión sangrienta contra la designación de un



LA LUNA DE MIEL ENTRE LOS DIVERSOS SECTORES DEL PERONISMO ACABO MUY PRONTO. EL 20 DE JUNIO DE 1973, CON OCASIÓN DEL RETORNO DE PERÓN A ARGENTINA, LA JUVENTUD PERONISTA Y OTRAS ORGANIZACIONES FUERON AMETRALLADAS EN EL AEROPUERTO DE EZEIZA (BUENOS AIRES) POR GRUPOS PARAPOLICIALES IDENTIFICADOS CON LA DERECHA PERONISTA.

nuevo gobernador, el fascista Uriburu, quien había jurado decapitar la «víbora de cien cabezas» de la subversión de un solo tajo. Duró dos semanas.

Su caída preludeó la del propio Levingston. El 26 de marzo de 1971, tras un nuevo cuartelazo, asumió la manoseada presidencia de la República Alejandro Lanusse en nombre de la Junta de Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, de la que era titular. Se cumplía así el paso de unificar en la práctica ambos cargos. Era la época de auge de la democracia directa. El pueblo ya había encontrado la forma de canalizar sus protestas a través de organizaciones nuevas. Movimientos estudiantiles, sindicatos antiburocráticos, asociaciones de vecinos, corporaciones profesionales y ligas agrarias y regionalistas entorpecían los manejos del poder. Huelgas revolucionarias y estallidos populares se multiplicaban, y en torno se espesaba el cerco de la subversión guerrillera.

Lanusse comprendió la necesidad de restablecer la vida política antes de que los mecanismos de la democracia formal fueran desbordados quizá para siempre, y convocó a los políticos para anunciarles la liquidación de la cuarentena. Sus interlocutores, los mismos de la época de Illia, ya que la disolución de los partidos había eternizado a las conducciones anteriores, convertidas en comisiones de custodia, dieron un franco apoyo a este programa de *retorno a la democracia parlamentaria*. En un principio, Lanusse trató de aglutinar a varios sectores en el Gran Acuerdo Nacional, un hipotético partido que habría de garantizar la continuidad eligiéndole presidente. Este sueño no resistió la prueba de la realidad, y unos

meses después, fracasada esta argucia de los generales, comenzó el proceso que habría de desembocar en las elecciones del 11 de marzo de 1973. En el interin, el 21 de agosto de 1972, la Marina había de ametrallar por la espalda a 21 guerrilleros detenidos, aplicándoles la ignominiosa ley de fugas. Dos sobrevivieron para denunciar a los responsables de este acto de barbarie, hoy becados en los Estados Unidos.

Durante los años de la dictadura, dentro del peronismo todo el peso de la lucha había recaído fundamentalmente sobre dos sectores, la Juventud Peronista y los gremios peronistas combativos. En los años transcurridos, todos estos sectores, al igual que otros de la izquierda no peronista, se habían reunido bajo la consigna «Ni golpe ni elección: Revolución». Pero una vez llegadas las elecciones, decidieron participar en ellas, aunque denunciando su carácter engañoso, y pronto hallaron acomodo en el recién constituido FREJULI (Frente Justicialista de Liberación). Los actos del Frente fueron multitudinariamente copados por la izquierda montonera. Se hizo público un programa de liberación y reconstrucción. La burocracia sindical y política pareció momentáneamente relegada y se pensó que el Gobierno de Héctor J. Cámpora iba a marcar la inauguración de un nuevo estilo de convivencia.

La luna de miel entre los diversos sectores del peronismo acabó muy pronto. El 20 de junio, con ocasión del retorno de Perón, la Juventud Peronista y otras organizaciones son ametralladas en Ezeiza por grupos parapoliciales identificados con la derecha peronista. Antes, al asumir el poder, tras unas elecciones que le habían